

Globalización y cultura

Mario Margulis*

*Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.
Subsidios UBACYT CS 022 y 007.

1. Dado que concebimos a la cultura como una dimensión de todos los fenómenos sociales -distinguible analíticamente pero no separable como proceso autónomo-, entendemos que el análisis de la globalización desde la dimensión cultural está íntimamente vinculado con el estudio de ese proceso en el plano histórico, económico, político y financiero.

La expansión internacional está implícita en la dinámica del capitalismo y acompaña su evolución histórica, incluyendo los procesos de acumulación que dieron lugar al desarrollo de este modo de producción. Entre las tendencias que el análisis del capitalismo pone de manifiesto se destacan aquellas ligadas con los impulsos hacia una productividad creciente, hacia el aumento en la composición orgánica y técnica del capital, los procesos de concentración y centralización y la tendencia decreciente de la tasa de ganancia. Estas tendencias complejas, que no operan de manera lineal y encuentran procesos que las contrarrestan, se han comprobado en el largo plazo y están presentes en las modalidades expansivas del capitalismo en su etapa actual y en las pujas por constituir y hegemonizar nuevos mercados.

Desde la conquista de América, fenómeno ligado con el desarrollo de las fuerzas productivas en la Europa de los siglos XV y XVI, que pone de manifiesto un estado de internacionalización de procesos económicos y políticos (el comienzo de la economía-mundo de la que habla Wallerstein), los aspectos culturales aparecen acompañando de manera manifiesta a los procesos políticos, económicos y militares. La conquista trasciende, por ejemplo en México, no tanto por el desplazamiento de la clase dominante indígena luego de la derrota militar, cosa que ya había ocurrido anteriormente, sino por la radical imposición de la otredad. Claro que esto incluye la otredad económica y tecnológica, pero lo que constituyó la transformación más radical, la verdadera ruptura, fue el ingreso y la implantación de la otredad cultural: una nueva manera de concebir y significar el mundo, de procesar el tiempo y el espacio, los valores y los alimentos, las relaciones humanas y las relaciones con los dioses.

La internacionalización de los fenómenos económicos ha ido avanzando, atravesando diferentes etapas históricas. Los cambios culturales han acompañado de manera compleja los episodios derivados del intercambio comercial y la intromisión política en todos los continentes. La reflexión sobre cultura y el intrincado itinerario semántico que atravesó este concepto, están profundamente vinculados con el desarrollo de la tecnología y con el avance colonial que puso a los europeos en contacto con costumbres diferentes y con extraños modos de vivir y de resolver los problemas de la existencia. En el siglo XIX los antropólogos acompañaron en sus viajes a los administradores de la

aventura colonial, así como los misioneros acompañaban a los soldados en la conquista de América.

El tema que da lugar al concepto globalización es, pues, antiguo,¹ sólo que ahora encuentra una palabra nueva, que algunos diferencian de conceptos afines (mundialización, internacionalización); acerca de estas diferencias y la incidencia ideológica del concepto dejaremos abierto un paréntesis considerando que requieren mayor reflexión. Sin embargo, es dable pensar que los procesos ocurridos en los siglos precedentes difieren profundamente de los fenómenos contemporáneos, aunque podrían encontrarse homologías relacionadas con los conflictivos procesos que han dado lugar a la constitución de hegemonías.

El eje central de las diferencias radica en el acelerado cambio tecnológico. El cambio en cuanto a la cantidad -por ejemplo, la velocidad- genera un cambio en la calidad de los fenómenos. En el plano de las comunicaciones y transportes, para ejemplificar con un caso concreto, no podemos comparar un sistema mundial cuyas comunicaciones estaban -en sus inicios- en el plano del Galeón de Acapulco, con los procesos de mundialización actuales, caracterizados por tremendos avances tecnológicos, el mundo de las computadoras, de la autopista informática, de la televisión satelital. En el primer caso, un intercambio de mensajes entre el Rey de España y el gobernador de Filipinas podría demorar bastante más de un año, en el segundo la comunicación es instantánea, en tiempo real, entre países distantes. Para Renato Ortiz (1994:14) "internacionalización se refiere, simplemente, al aumento de la extensión geográfica de las actividades económicas más allá de las fronteras nacionales. No se trata, entonces, de un fenómeno nuevo. La globalización de la actividad económica es cualitativamente diferente. Es una forma más avanzada y compleja de internacionalización, implicando un cierto grado de integración funcional entre las actividades económicas dispersas. El concepto se aplica, por lo tanto, a la producción, distribución y consumo de bienes y servicios organizados a partir de una estrategia mundial y dirigidos hacia un mercado mundial. Esto corresponde a un nivel y a una complejidad de la historia económica en el cual las partes, antes internacionales se funden ahora en una nueva síntesis: el mercado mundial". R.Ortiz se apoya en el sociólogo brasileño Octavio Ianni, quien afirma que en los análisis sociológicos habituales, el individuo y la sociedad son considerados, implícitamente, en términos de relaciones, procesos o estructuras nacionales, en cambio, las dimensiones globales de la realidad social están aún poco presentes en tales análisis.

Hay sectores en los que se aprecia un mayor impacto de la innovación tecnológica y de la internacionalización de sus actividades. Tal el caso del mundo financiero, de los mercados de acciones y commodities, de los mercados monetarios, y también el campo de las comunicaciones: los massmedia, llevados a escala mundial a partir de los satélites comunicacionales. Es evidente, en estas temáticas y en otras vinculadas con la alta tecnología, la interconexión a escala mundial, la repercusión de acontecimientos locales en el conjunto (por ejemplo, el llamado "efecto tequila"), la trasmisión a otros continentes de los programas televisivos y, más aun, la trasmisión a nivel planetario de ciertos sucesos (Guerra del Golfo,

juegos Olímpicos, mundial de fútbol). Existe el antecedente del cine, que familiarizó al mundo entero con el star system y los lenguajes y estética generados en Hollywood y otros centros de producción. Pero hay que tomar en cuenta antes de asumir acríticamente ciertos sentidos que parecen fluir de la palabra globalización, que no existe una distribución uniforme de actores económicos y sociales homogéneos esparcidos por el globo, desde los cuales se emiten y reciben mensajes, bienes y servicios, sino que en todos los órdenes y planos de la tal globalización predominan pluralidades y asimetrías vinculadas con la concentración desigual de la riqueza, de la tecnología y del poder, incluyendo la concentración de la capacidad de emisión y recepción de los mensajes, sean éstos de orden financiero, informático o relativos a las industrias massmediáticas.

Entendemos que hay que analizar y descifrar el contenido semántico de la palabra globalización -sobre todo en su referencia a lo cultural- y también poner de manifiesto sus posibles cargas ideológicas. Es necesario pensar en aplicar, desde la perspectiva de la economía y tecnología actuales, análisis que tomen en cuenta las desigualdades económicas y técnicas, las concentraciones de poder y de riqueza y la calidad y dirección de los flujos. Los mensajes, así como los nuevos códigos, ¿no tienen acaso que ver con el predominio de los centros dominantes en la innovación tecnológica y en el plano financiero? ¿No hay un paralelismo entre la globalización cultural, en cuanto a poder de institución en el plano de lo simbólico, con la hegemonía financiera, política, tecnológica y militar? ¿Existe una geografía de los flujos culturales desvinculada de los ejes territoriales de concentración del poder y la riqueza? A título de ejemplificación cabe mencionar la concentración de funciones en el plano financiero, comunicacional, económico y político en algunas pocas ciudades: "cuanto mayor es la mundialización de la economía, mayor es la aglomeración de las funciones centrales en las ciudades globales" (Sassen, 1992).²

2. Para que las avanzadas tecnologías actuantes en el plano de la informática y la comunicación, por ejemplo Internet, puedan funcionar, se precisa compartir no solamente competencias informáticas, se requiere previamente, y sobre todo, compartir redes significativas, códigos, valores, atribuciones de sentido, o sea, fenómenos de la esfera de lo cultural que hagan posible la comunicación entre actores diseminados en el mundo.

El intercambio de productos, la mundialización de algunos bienes o servicios, como la Coca-cola, el automóvil o los servicios bancarios, requieren también, previamente, sistemas de percepción y apreciación compartidos, códigos comunes, una cierta estandarización en los signos, valores y ritmos. El consumo avanza sobre la cultura, más aun, se inserta en ella. Cada nuevo producto coloniza un espacio semiológico, se legitima en un mundo de sentidos y de signos, arraiga en un humus cultural. Un ejemplo, acaso brutal, es la frase atribuida a un ejecutivo en ocasión del proyecto de instalación de McDonald's en Moscú, cuando el sistema soviético estaba todavía en vigencia: "we are going to Mcdonaldize them", fue la sintética afirmación que llevaba implícita la decisión de instalar un ámbito de gustos, velocidades y valores, abrirse camino,

no sólo en un contexto político-económico poco propicio, también en un antiguo espacio cultural cargado con tradiciones culinarias y estéticas.³

La publicidad televisiva de una conocida tarjeta de crédito pone de manifiesto claramente la combinación de sistemas de signos globales con los códigos de la cultura local. La tarjeta de crédito, empleada en los más diferentes contextos sociales, culturales y geográficos, supone competencias, saberes compartidos, interpretaciones comunes, una fe impoluta en la omnipotencia y omnipresencia del dinero, aun en sus más extrañas reencarnaciones, en suma, un nicho cultural global que se inserta en el marco de las más variadas y aparentemente irreductibles manifestaciones de lo local.

Este ejemplo alude, tangencialmente, a uno de los grandes temas que plantea la globalización en el plano de la cultura: la intersección de lo global con lo local, el nivel de las identidades, su evolución y nuevas formas de emergencia, la hibridación.

Todo nuevo producto, y más un bien producido por una empresa mundial para su consumo en ámbitos diversos, coloniza un territorio cultural, influye sobre las costumbres, los hábitos, los gustos y valores, requiere un capital cultural para su uso y, con frecuencia, inicia una cadena de nuevos lenguajes. Insistiremos en el tema del efecto cultural de los consumos, en los requisitos semiológicos vinculados con la incorporación de un nuevo producto -bien o servicio- en el proceso de colonización de mercados lejanos. Podría decirse que los nuevos héroes de la épica global trabajan hoy para los grandes conglomerados industriales o financieros: en el mundo actual Odiseo, Jasón o Eneas serían funcionarios de la IBM, Coca-cola, Sony, Disney o bien de los grandes bancos y agencias financieras.

También, es preciso tomar en cuenta la forma en que la cultura local incorpora la novedad, cómo la interpreta y le asigna un lugar en su trama de significados. Los consumos no son uniformes, el consumo de bienes, al igual que el consumo de mensajes, suele ser creativo: la gente decodifica productos y mensajes en el marco de su cultura local, sus condiciones de vida y de relación y su capital simbólico. Por lo tanto, si bien podemos afirmar la influencia cultural y las grandes transformaciones que la mundialización de bienes, servicios y mensajes ocasionan en el plano local, nada autoriza a presuponer una drástica uniformidad de las culturas locales, la convergencia -en un futuro próximo- en la "aldea global", con la consiguiente desaparición de las identidades particulares. A título de hipótesis podríamos pensar que existen en cada sociedad códigos culturales superpuestos, tramas de sentido que tienen diferente alcance espacial: desde los códigos particulares que sólo afectan a pequeños grupos -tribus que comparten contraseñas identificatorias-, códigos más amplios que abarcan zonas urbanas o regiones que participan de un mismo lenguaje, memoria, costumbres, valores, creencias y tradiciones y, por último, ámbitos de lo cultural vinculados a la irrupción de la globalidad en el plano local, dentro de la esfera de los consumos de productos de todo orden -incluidos los massmediáticos- que requieren de competencias particulares y que originan formas locales de metabolismo y aplicación de los lenguajes, significados, valores y ritmos implícitos en los productos. Y estas tramas

culturales superpuestas están en constante intercambio y transformación, sumidas en procesos de cambio y en luchas por la constitución e imposición de sentidos que, por supuesto, no están desvinculadas de las pujas y conflictos que arraigan en la dinámica social.

Los países latinoamericanos, entre ellos la Argentina, estuvieron incluidos desde un comienzo en un sistema mundial de relaciones económicas, políticas y culturales. En nuestro país el proceso es peculiar: en su consolidación como nación pesó la herencia del pasado, las tradiciones y formas culturales de la colonia, en especial el idioma, a lo que se incorporaron -por medio del intenso proceso migratorio y por las particularidades ideológicas del proceso de constitución nacional- una avalancha de gentes, de costumbres, de hábitos idiomáticos, amén de formas de organización de las instituciones, de la economía y de los territorios que poco tenían que ver con los aportes culturales de los inmigrantes. La construcción de la nación, en un proyecto que apuntaba a imponer la modernidad europea, incorporó también un modelo cultural específico, o sea, los sistemas simbólicos que acompañaban a las instituciones y la importación de formas de organización, de aparatos legales y avances tecnológicos. Así se va constituyendo la identidad, con elementos que responden a universos simbólicos diferentes. Sobre la trama que queda del mundo colonial se van incorporando los rasgos locales que traen los migrantes: idiomas, hábitos, costumbres culinarias..., pero el conjunto es procesado por modelos culturales, económicos, legales e institucionales que provienen de Inglaterra, Francia y los Estados Unidos (países que poco aportaron en cuanto a inmigración), por formas de procesar el espacio y el tiempo derivados del desarrollo del ferrocarril, los procesos mercantiles y por los códigos jurídicos tomados de los países capitalistas más avanzados. También incidieron en la conformación de nuestra cultura las modalidades de expansión de las ciudades modernas y los patrones vigentes de la modernidad se extendieron a los artículos de consumo, a las modas, a la educación, a los deportes.⁴ A estos procesos se agrega, a partir del auge de la prensa y de la radio, del cine y más recientemente, la televisión, una aceleración y una nueva modalidad de recepción de mensajes, que cambia en calidad y cantidad las formas de producción y difusión de los elementos que intervienen en la configuración y renovación de los códigos culturales.

Otro aspecto que se suele señalar en la literatura sobre el tema es la llamada desterritorialización. No sólo una porción significativa de los bienes que se consumen son producidos fuera de cada nación, con las consecuencias culturales implicadas en esta homogeneización de los productos, sobre todo en el plano de los procesos culturales involucrados en la tendencia hacia la uniformización de los consumos; también los mensajes que se consumen (medios de comunicación, publicidad) son en buena proporción elaborados fuera del país.

Asimismo, se suele destacar que el incremento de los procesos de migración internacional determina la continuidad de culturas nacionales localizadas fuera del territorio de origen. Lógicamente, estas poblaciones emigradas entran en un proceso de evolución diferente respecto de aquellas que permanecen localizadas en el territorio original. No está de más mencionar que los procesos

de desregularización, recomendados por la avanzada neoliberal, suponen, entre otras cosas, eliminar trabas para la circulación de mercancías y capitales, pero no incluyen ni propician la equivalente libre circulación de personas en tanto portadores de fuerza de trabajo.

El tema tiene asimismo que ver con el auge de los medios de comunicación, la posesión desigual de los recursos comunicacionales y la dirección dominante de los flujos. Aspectos problemáticos ligados con la producción y dominio de las tecnologías, que configuran o confirman hegemonías constituidas en el plano del intercambio desigual tradicional, ahora se vuelven más complejos al afirmarse en las condiciones técnicas y económicas que son estratégicas para imponerse en el intercambio desigual de bienes y capitales culturales. Por otra parte, la tendencia a reducir el papel de los Estados nacionales en favor de las empresas transnacionales opera también en el terreno de la cultura. Para que diferentes países y regiones puedan comunicarse, interactuar, generalizar sus transacciones entre regiones distantes, se producen modificaciones sustanciales sobre ejes centrales de la cultura: se transforman los códigos que organizan la percepción, vivencia y apreciación respecto del tiempo y del espacio. Con el desarrollo del capitalismo se tornó necesario avanzar sobre la separación entre tiempo y espacio. Pero con la globalización hay que ir más lejos, superar las versiones locales del tiempo para poder comunicarse, o sea, instalar la simultaneidad en tiempos culturales distintos, en horas diferentes del día y de la noche. Comunicaciones con, por ejemplo, el Japón o con otros sitios del planeta, necesarias en el plano de las transferencias financieras, requieren superar las diferencias horarias locales, crear un nuevo ritmo temporal, independiente de los meridianos, de la rotación de la Tierra, de la sucesión del día y la noche, para poder ejecutar transacciones o comunicaciones de todo tipo (la transmisión de ciertos acontecimientos por la TV, como el caso del mundial de fútbol, implican complicadas operaciones para hallar la mejor combinación entre tiempo y espacio, entre tiempo local -en que se juega el partido- y tiempos a nivel global que conjuguen espacialmente las audiencias más remunerativas). El dinero es quizás el principal producto, no sólo económico y financiero, también cultural, que instala en el mundo entero un marco de significaciones compartidas, de valoraciones, ritmos, competencias y legitimidades. Si hay una cultura mundial que requiere uniformidad, habitus compartidos, significaciones indiscutibles, ritos y liturgias, es la implantada en el marco de las finanzas, en el campo veloz e intangible del dinero electrónico, que fluye en las entrañas de las computadoras, partiendo de Nueva York o Zurich para aterrizar, casi instantáneamente en Tokio o Singapur. El mundo de las finanzas, acaso dominante en la economía moderna, se construye sobre lenguajes y valores compartidos, sistemas de signos universales y también sobre un amplio campo de fe, un nuevo modo de religiosidad, cuyos pontífices ofician desde ciertos lugares de culto: Moody's, Standard & Poor's, Bundesbank, FMI, Meryl Lynch, Wall Street, Financial Times...

El dinero se vuelve cada vez más abstracto, menos ligado a su referente material. No es ya una mercancía privilegiada, la materialidad del oro que se almacena en Fort Knox o los míticos lingotes que obstruían el paso en nuestro Banco Central. El dinero es ahora, más que nunca, un símbolo, un hecho no

sólo económico, cada vez más cultural, un signo alimentado por la fiabilidad de sus emisores, un acto de fe; y al mismo tiempo se torna más liviano, más ágil, más veloz. El dinero es el principal producto global, un producto virtual que, aligerado de materialidad, puede circular y reproducirse en la intimidad de las computadoras. En su virtualidad va perdiendo relación con su antiguo referente, la riqueza. Como otros signos, ingresa en la hiperrealidad, ya no se sabe cuál es el signo y cuál es el referente. El mapa se confunde con el territorio.⁵

La actividad financiera es tal vez el paradigma de la globalización. Exige borrar toda resistencia local, los mensajes financieros viajan por un mundo de signos compartidos, se ha borrado casi todo resabio local que pueda obstruir el fluir de los mensajes, el espacio ya no importa, subyugado por esta comunicación instantánea donde las transferencias de riqueza ya no requieren navíos fuertemente protegidos o cámaras blindadas. La liviandad del dinero es consistente con la abolición del espacio y la ligereza del tiempo. Los signos de las cosas se comunican entre sí, domestican los lenguajes, se imponen sobre todos los obstáculos. A esto se llama la voz de los mercados, que nunca duermen y velan por la racionalidad universal.

3. En síntesis, la mentada globalización no es un fenómeno nuevo; remite a procesos inherentes a la evolución del capitalismo y a sus contradicciones. Exhibe, en el período actual, una aceleración, un cambio en cantidad y cualidad vinculada con el desarrollo de las fuerzas productivas, con el avance de las políticas neoliberales y sus mensajes ideológicos y, en particular, con el sorprendente progreso tecnológico en el plano de la transmisión de información. Tampoco son nuevas sus influencias culturales: hay un cambio en intensidad, relativa a la velocidad y eficacia con que se difunden los nuevos productos y los mensajes massmediáticos. Pero es aventurado sacar conclusiones fáciles acerca de las identidades y las culturas locales. La diversidad también cunde y se expande alimentada por el aumento de los contactos con lo diferente y por la mayor cantidad de ingredientes que la abundancia de información suministra. La identidad social es un concepto que tiene un fuerte matiz relacional, se actualiza y se refuerza en el contacto, en la comunicación, en el intercambio con lo otro, con lo diferente. Entra en acción cuando los códigos propios hacen crisis, encuentran su límite en el intento de comunicación. En tal sentido, si bien las identidades pueden ser sigilosamente sometidas a un proceso de uniformización a través de la oferta universal de los mismos productos y los mismos mensajes, también se genera un movimiento contrario, una reacción afirmativa de la identidad local, vinculada con la mayor exposición a nuevos contactos. Sin embargo, es también posible que la reducción progresiva de los espacios de interacción, el auge de la comunicación sin copresencia -por medio de la moderna informática y los medios masivos- vaya operando en el sentido de uniformar los códigos simbólicos.

En las ciudades modernas coexisten las manifestaciones locales con la "explosión de una arquitectura financiera, informática y turística"⁶ cuya estética y funcionalidad se multiplica en edificios semejantes a lo largo del planeta. En el lenguaje local de las ciudades, en su discurso expresivo, que revela su cultura e historia, se inserta el discurso universal y uniformado de las autopistas, aeropuertos, bancos, shoppings, un lenguaje compartido, exultante

de modernidad y poco propicio a la adherencia de identidades locales. Sin embargo la ciudad en su cotidianidad procesa el conjunto, que incluye estas manifestaciones de modernidad transnacional y las prácticas que determinan, las que conviven con la ciudad local, tejida en su desenvolvimiento histórico y con la ciudad virtual, la ciudad massmediática, que fluye de las pantallas insertas en los hogares.

También deben tenerse en cuenta los crecientes procesos de exclusión, los nuevos grupos de excluidos cada vez más numerosos que, además de los efectos que deriven de su agrupamiento en torno a demandas sociales, desarrollan nuevas formas culturales y articulan las identidades necesarias para sobrevivir en condiciones de carencia, privación y desigualdad. Los análisis sobre la llamada globalización, incluyendo los que se orientan hacia su dimensión cultural, tienden muchas veces a naturalizar el orden existente y, al mismo tiempo, a no destacar las desigualdades, particularmente en el plano del dominio de las tecnologías de punta, en el poder militar, en los mercados financieros, en el control hegemónico de los medios de comunicación y en las normativas que regulan el aprovechamiento de los recursos naturales del planeta.⁷

Es en el desarrollo actual de los mercados y de las nuevas tecnologías de comunicación donde la globalización halla su expresión más intensa y el análisis tiene oportunidad de poner de manifiesto las diversas contradicciones no resueltas en el mundo social, a las que la naturalización a la que aludíamos y su consiguiente universo ideológico contribuyen a encubrir.

Tales contradicciones son propias de un orden emergente, simbolizado por la caída del Muro de Berlín, que se caracteriza por una aceleración en la productividad económica, la implementación de nuevas tecnologías, la consiguiente necesidad de formación, ordenamiento y control de nuevos mercados, el auge de las ideas neoliberales y la progresiva aplicación de éstas en un número creciente de naciones, tal vez como mecanismo que haga posible, no tanto el crecimiento económico, ni una mayor racionalidad en este plano y, mucho menos, un aumento del bienestar, sino, fundamentalmente, la reproducción del capitalismo en su etapa actual.⁸ Las políticas neoliberales estimularon la instalación de un marco legal que favoreciera y garantizara la circulación sin trabas de bienes y de capitales y propiciaron, con éxito, el retroceso del Estado de bienestar y la privatización de los servicios públicos, impulsando el retiro del Estado en beneficio de las empresas transnacionales. Las contradicciones principales de esta etapa, expuestas en forma sintética, se refieren a procesos no resueltos que contienen un gran potencial de conflictividad y de transformación social:

a. Contradicción entre la continuidad del Estado-nación y la transnacionalización, sea bajo la forma de bloques de naciones o, sobre todo, por el protagonismo creciente de gigantescas empresas transnacionales.

b. Contradicción entre racionalidad de los mercados y racionalidades locales relativas a la reproducción de la vida. Las formas actuales de esta

contradicción, inherente al capitalismo, aparecen sobre todo en forma dramática en el creciente desempleo, en la masiva exclusión que crece rápidamente y ya alcanza, también, a los países más ricos, y que se expresa en la carencia de las seguridades económicas y de la dignidad social que confiere la posesión de un empleo, en la expansión de la pobreza, en la supresión progresiva de garantías públicas ante la vejez, la enfermedad, el desamparo, en la erosión y derrota de los movimientos obreros, en la desmovilización social y en el descrédito de los proyectos emancipatorios.

c. Contradicciones entre bloques de naciones: luchas por los mercados, disputas relacionadas con el control monopólico de materias primas y recursos escasos, con la hegemonía militar y el deterioro del medio ambiente. Entre los efectos producidos por estas contradicciones se impone en la vida cotidiana el avance del desempleo, la pobreza y la inestabilidad laboral. La actual etapa de acumulación capitalista, cuyas condiciones técnicas, financieras e ideológicas dan lugar a la aceleración de la globalización, acarrearán, aun en los países más avanzados, una profunda crisis en el sector asalariado: aumento del desempleo, limitaciones en la seguridad social, avance en la desprotección, pobreza y exclusión.

La estabilidad laboral ha sido durante muchos años, en los países más industrializados, la base de la inserción social, el soporte de los lazos sociales y de un sistema de representaciones y de prácticas integrado en los códigos culturales que regían la vida cotidiana. La crisis en la estabilidad laboral, el desempleo o su amenaza, la creciente desprotección social, erosionan los modos en que millones de individuos se ubican e identifican dentro de su medio social. Tal crisis impacta profundamente en la cultura. Se está planteando como problema, en países europeos, la necesidad de restaurar formas de dignidad que estén desvinculadas de los lugares sociales relacionados con el trabajo y la profesión, que tradicionalmente formaron parte de una noción de estabilidad e inclusión que abarca a la vivienda, la familia, el trato con los vecinos, el espacio ocupado en la comunidad.⁹

Y qué decir de países que desde hace mucho cuentan con vastos sectores de la población que carecen de seguridad social y de toda garantía pública para su reproducción. Países de América latina, donde los empleos asalariados han sido siempre insuficientes, en los que una parte importante de la fuerza de trabajo ha debido encontrar formas de subsistencia y de reproducción en las márgenes de la modernidad económica. La pobreza, estructural, avanza y la progresiva adopción de recetas neoliberales ha aumentado la exclusión, acarreando nuevos pobres que se suman en las estadísticas a las vastas poblaciones que desde siempre habían articulado estrategias económicas y culturales para sobrevivir. Estos nuevos pobres están en cierto modo en desventaja: no cuentan con los recursos culturales -que los pobres estructurales han desarrollado- para sobrevivir en las condiciones vigentes de pobreza y de exclusión.¹⁰

Notas

1 "Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía dio un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países. Ha quitado a la industria su base nacional. Las antiguas industrias nacionales han sido destruidas y están destruyéndose continuamente. Son suplantadas por nuevas industrias cuya introducción se convierte en cuestión vital para todas las naciones civilizadas, por industrias que ya no emplean materias primas indígenas, sino materias primas venidas de las más lejanas regiones del mundo, y cuyos productos no sólo se consumen en el propio país, sino en todas las partes del globo. En lugar de las antiguas necesidades, satisfechas con productos nacionales, surgen necesidades nuevas, que reclaman para su satisfacción productos de los países más apartados y de los climas más diversos. En lugar del antiguo aislamiento de las regiones y naciones que se bastaban a sí mismas, se establece un intercambio universal, una interdependencia universal de las naciones". Estos conceptos han sido escritos por Marx y Engels en 1848, pero parecen pertenecer a un contemporáneo "defensor neoliberal de la economía globalizada" (Tomado del suplemento Cash del periódico Página/12, nota firmada por M. Fernández López, Buenos Aires, julio de 1995).

2 Saskia Sassen (1992), *La ciudad global*, citado por Ana Rosas Mantecón (1993), p.79.

3 Véase Grimson (1994), quien cita a Cees Hamelink, entrevista realizada por la revista Voces y culturas, N°2/3, Barcelona, 1991.

4 Véase Renato Ortiz, "Cultura, modernidad, identidades", en *Nueva Sociedad*, N°137, 1995; Anthony Giddens, *Consecuencias de la modernidad*, Alianza Editorial, Madrid, 1993, y Mario Margulis, "Inmigración y desarrollo capitalista: la migración europea a la Argentina", revista *Demografía y Economía*, N°33, México, DF, 1977.

5 Véase Jean Baudrillard, *Cultura y simulacro*, Kairós, Barcelona, 1987.

6 Tomado de García Canclini, 1995:70. Este autor agrega que "no es casual que hayan sido empresarios japoneses quienes inventaron el neologismo glocalize para aludir al nuevo esquema del 'empresario mundo' que articula en su cultura información, creencias y rituales procedentes de lo local, lo nacional y lo internacional".

7 Véase Samir Amin, "El futuro de la polarización global", en *Nueva Sociedad*, N°132, Caracas, 1994.

8 Véase al respecto el interesante artículo de Perry Anderson, "Balance del neoliberalismo: lecciones para la izquierda", publicado en la revista *El Rodaballo*, Segunda época, Año II, N°3, 1995. Perry Anderson sostiene que los éxitos del neoliberalismo no consisten en el logro de una mayor tasa de crecimiento en los diversos países industrializados en que sus recetas han sido aplicadas. Tampoco creció la tasa de acumulación. En cambio pueden acreditarse como "éxitos" el control de la inflación, la derrota de los movimientos sindicales y el aumento del desempleo.

Bibliografía

- Anderson, P., "Balance del Neoliberalismo: lecciones para la izquierda", en El Rodaballo N°3, Buenos Aires, 1995.
- Bonfil Batalla, G., "Desafíos a la antropología en la sociedad contemporánea", en Ixtapalapa N°24, México, DF, 1991.
- Castel, R., "La clase obrera, de la integración a la inserción", entrevista de R.Bailleau y Ch.Lemomán, en El Rodaballo N°3, Buenos Aires, 1995.
- García Canclini, N., Culturas híbridas, estrategias para entrar y salir de la modernidad, Grijalbo, México, 1990
- García Canclini, N., Consumidores y ciudadanos, conflictos multiculturales de la globalización, Grijalbo, México, 1995.
- García Canclini, N., "El debate sobre la identidad y el Tratado de Libre Comercio", en Mundo, Región, Aldea, Hugo Achúgar y Gerardo Gaetano, comps.
- García, C.E. (comp.), "La economía de los servicios en la sociedad postindustrial", Zona Abierta, Madrid, 1993.
- Giddens, A., Consecuencias de la modernidad, Alianza, Madrid, 1993.
- Giddens, A., Modernidad e identidad del yo; el yo y la sociedad en la época contemporánea, Península, Barcelona, 1995.
- Giménez, G., "Apuntes para una teoría de la identidad nacional", en Sociológica, México, UAM Axcapozalco, N°21, 1993.
- Grimson, A., "Identidades fragmentadas en la globalización", en Causas y Azares, N°1, Buenos Aires, 1994
- Margulis, M., "Inmigración y desarrollo capitalista: la migración europea a la Argentina", en Demografía y Economía, N°33, México, DF, 1977.
- Margulis, M., "Cultura y desarrollo en México: reproducción de las unidades domésticas", INAH, Cuaderno N°5, México, 1988.
- Ortiz, R., Mundialização e cultura, Brasiliense, San Pablo, 1994.
- Ortiz, R., "Cultura, modernidad, identidades", en Nueva Sociedad, N°137, 1995.
- Rosas Mantecón, A., "Globalización cultural y antropología", en Alteridades, N°5, México, DF, 1993.
- Samir Amin, "El futuro de la polarización global", en Nueva Sociedad, N°132, Caracas, 1994.